

# DOMINGO 34 DEL AÑO “A”

## JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

Ez 34,11-17 + 1 Co 15,20-28 + Mt 25,31-46



El último domingo del año litúrgico, la Iglesia celebra la fiesta de **Jesucristo, Rey del universo**. Ponemos este broche final al recorrido por la vida, muerte y resurrección del Señor Jesús.

Los hombres de todos los tiempos han querido ver en su época el final de la historia y han indicado fechas y señales para confirmarlo. También la Sagrada Escritura, que ha sido escrita en su mayor parte por personas orientales, recoge en sus páginas pasajes relativos al final de este tiempo. Para los cristianos ese final de la historia ha comenzado con la Resurrección de Cristo Jesús.

### ■ **En el reinado de Dios está presente el final.**

---

Para muchas personas el final de la historia es mera pre-ocupación; no tienen nada que ver las ocupaciones en las que andan metidas y llenan su tiempo y su espacio presentes, con el discurso teórico que entretiene su tiempo libre y sus disquisiciones filosóficas.

Para estas personas la historia comienza y termina en ellas mismas; como mucho en su propia familia, en el grupo que piensa, siente y, sobre todo, vive igual que ellas. Los demás, que no piensan ni sienten ni viven como ellas, es como si no existieran; son considerados como un mal necesario que hay que aguantar.

El evangelio de este domingo, el juicio final de todos los ciudadanos y ciudadanas de las naciones de la tierra, nos aporta una luz diferente. La ocupación cotidiana por dar de beber al sediento, de comer al hambriento, de vestir al desnudo, etc., y de estar así, sirviendo al Señor, nos indica que la existencia, por una parte, de personas en estado de necesidad la encontramos en cualquier parte del mundo y de la historia humana; y por otra, que la manera de relacionarnos con ellas, de escucharlas y de atenderlas, genera la desaparición de las desigualdades y de las injusticias, obrando el milagro de un mundo más humano y más fraterno.

Celebrar que Jesucristo es el Rey del universo no es para colocarlo por encima de los poderosos de este mundo, como querían hacerlo algunos israelitas al ver los milagros, o como lo entendían los discípulos, antes de la experiencia de su resurrección, cuando solicitaban sentarse a su derecha y a su izquierda (Mt 20,20-28).

Confesar nuestra fe en este Rey es vivir el mundo nuevo que Él manifestó definitivamente; el nuevo orden querido por Dios, su Padre, y tan distinto del que nos circunda. Es ponerse en el último lugar y no ser ambicioso ni aspirar al poder; caminar de la mano de las personas de nuestro entorno y optar a favor de la causa de los más desfavorecidos.

### **■ El reinado de Dios hay que descubrirlo.**

---

Cuando pretendemos construir un reinado de Dios, ajeno a la historia de los hombres y perteneciente a lo que pueda haber después de la muerte, nos estamos alejando del Evangelio y evadiendo nuestras responsabilidades humanas. Jesús proclamaba que el reinado de Dios está en medio de nosotros.

La Iglesia de Jesús ha de ser portadora de este mensaje en la vida de las comunidades cristianas, no en su doctrina únicamente. La Iglesia no es el reinado de Dios; ella es el sacramento, el signo de la salvación de Dios para todos los hombres y para todas las mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares.

Una Iglesia más preocupada por sus ritos que por el sufrimiento de las personas y más interesada en incrementar el número de adeptos que en descubrir el reinado de Dios en los que luchan por la justicia, se convierte en una asociación religiosa más entre todas las que existen en el mundo.

La situación del mundo actual, como en los tiempos de Jesús, está necesitada de testigos; hombres y mujeres del pueblo llano, libres de toda atadura al dinero, al poder y a los ídolos; capaces de generar esperanza activa en las personas privadas de su dignidad; y llenas de amor solidario hacia los marginados por este sistema egoísta que lleva a la muerte a millones de seres humanos.

## ■ **Sacerdotes, profetas y reyes.**

---

En la Confirmación somos ungidos con el crisma para formar parte de un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes. Esta unción nos capacita para la misión comunitaria que todos los cristianos y todas las cristianas debemos de realizar en nuestros ambientes cotidianos y para todas las personas que viven en ellos.

Esta misión se va descubriendo y profundizando con la lectura y el estudio de la Palabra de Dios, así como en la celebración de la Eucaristía y de los demás sacramentos con la comunidad cristiana.

En la realización de la misma vamos encontrando personas y colectivos a los que se les niegan los más elementales derechos, los derechos humanos. Estas situaciones nos indican que el reinado de Dios, comenzado por Jesús, sigue escondido y oculto para muchos. Los cristianos y las cristianas ejercemos nuestra condición de profetas cuando denunciemos con audacia estas opresiones y trabajamos por su transformación.

Y, cuando en el interior de nuestras comunidades todos sus miembros somos servidores y aportamos en ellas todo lo que somos y tenemos, sin jerarquías ni obligaciones, estamos mostrando nuestra condición de reyes «servidores». Es entonces cuando resulta sencillo entender el compromiso de servicio a las personas y a los colectivos de nuestro entorno; porque nadie da lo que no tiene.